

Universidad de la República

Facultad de Psicología

Trabajo Final de Grado

Participación social y discapacidad desde el modelo ecológico del desarrollo humano.

Orfilia Berrospe 5.507.709-8

Tutora: Mag. Julia Córdoba

Revisora: Ana Laura Russo

Julio, 2025 Montevideo, Uruguay

1. Resumen

El presente trabajo analiza la participación social de personas en situación de discapacidad desde el modelo ecológico del desarrollo humano propuesto por Bronfenbrenner, integrando aportes del enfoque biopsicosocial y de la Psicología Comunitaria. A partir de una base de datos previamente construida mediante el cuestionario *Perfil de Autonomía y Dependencia* (PAD), se realizó un estudio cuantitativo, descriptivo y exploratorio con 71 participantes adultos. Se seleccionaron tres variables principales que representan los niveles del modelo ecológico: sentimiento de pertenencia familiar (microsistema), pertenencia barrial (mesosistema) e interés en votar para elegir presidente (macrosistema). El análisis de frecuencias y porcentajes permitió describir tendencias generales y explorar factores personales y contextuales asociados a la participación. Los resultados evidencian un gradiente de pertenencia: la participación es más intensa en el ámbito familiar, disminuye en el comunitario y se debilita en el político. Este patrón sugiere que la distancia entre los sistemas influye en las oportunidades de participación y reconocimiento social. Desde una perspectiva psicosocial, se destaca la importancia de los apoyos familiares y comunitarios que promuevan autonomía y agencia, así como de políticas que fortalezcan la accesibilidad y la ciudadanía activa de las personas en situación de discapacidad.

Palabras Claves: participación social; discapacidad; modelo ecológico

2. Introducción

Este artículo, enmarcado en el Trabajo Final de Grado de la Licenciatura en Psicología, aborda la participación de las personas en situación de discapacidad en tres niveles clave: la familia —como espacio primario de construcción de identidad y sentido de pertenencia—, la comunidad —el barrio como entorno relacional y territorial— y el ejercicio o interés en el voto, entendido como una forma de participación cívica y política.

La elección de estas dimensiones se fundamenta en el modelo ecológico del desarrollo humano de Bronfenbrenner (1979, retomado por Rosa y Tudge, 2013), el cual propone que el desarrollo y la participación de las personas se configuran a partir de la interacción entre los distintos niveles del entorno (microsistema, mesosistema y macrosistema).

Así, la familia representa el microsistema, el barrio el mesosistema y el interés o ejercicio del voto se ubica en el macrosistema, permitiendo situar la participación en contextos interrelacionados de la vida cotidiana.

En este marco, el trabajo se inscribe también en el modelo biopsicosocial y en el enfoque de derechos humanos, que conciben la discapacidad como el resultado de la interacción entre las condiciones individuales y los factores contextuales, y la participación como un componente esencial del funcionamiento, la inclusión y la ciudadanía.

El estudio utiliza una base de datos con 71 casos de personas en situación de discapacidad, diversas en sus trayectorias y condiciones de vida, con el propósito de explorar sus percepciones y experiencias de participación en los tres ámbitos mencionados. Para ello, se consideraron variables sociodemográficas e indicadores que permiten aproximarse a las formas de involucramiento y sentido de pertenencia en cada uno de estos espacios. Por lo cual, se trata de un estudio de carácter descriptivo-exploratorio, orientado a reconocer tendencias en las formas de participación.

El objetivo central es analizar cómo las personas en situación de discapacidad perciben y ejercen su participación en los distintos sistemas del modelo, identificando los factores personales y contextuales que la facilitan o la dificultan.

2.1 Participación

A pesar de los avances normativos e institucionales impulsados por los enfoques de derechos humanos y el modelo biopsicosocial de la discapacidad, persisten desigualdades que limitan la posibilidad de las personas en situación de discapacidad para participar plena y activamente en los diferentes espacios sociales. En Uruguay, recientes informes evidencian que, aunque se han logrado progresos legislativos, continúan existiendo brechas significativas en el acceso a la educación, el trabajo, la salud, el transporte y la participación social y política (Terra Padrón, 2024).

Por ello, resulta pertinente desarrollar las concepciones de participación desde las cuales se orienta este artículo, con el propósito de delimitar su alcance teórico y comprender las dimensiones que la constituyen como proceso psicosocial.

La participación es un derecho humano fundamental que permite incidir en las decisiones que afectan la vida cotidiana (Organización de las Naciones Unidas [ONU], 2006). En el caso de las personas en situación de discapacidad, la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad (CDPD) exige garantizar su participación plena y en igualdad de condiciones. Reconocerla como derecho implica comprender que no depende únicamente de la voluntad individual, sino de condiciones estructurales y culturales que la posibiliten.

Desde la psicología social y comunitaria, la participación es entendida como un proceso dinámico y transformador. Montero (2004) la define como un proceso psicosocial mediante el cual los sujetos se involucran activamente en la identificación de problemáticas y en la ejecución de acciones colectivas, adquiriendo un sentido emancipador al promover ciudadanía, empoderamiento y pertenencia. En esta línea, Catalán (2019) amplía la mirada situando la participación en contextos materiales y simbólicos específicos. La noción de territorio permite comprender cómo los recursos, infraestructuras y relaciones de poder configuran las posibilidades reales de participar. Las formas de participación dependen de los recursos y oportunidades del entorno, por lo que comprenderlas requiere reconocer la interdependencia entre sujetos y contextos.

Desde el modelo biopsicosocial y la Clasificación Internacional del Funcionamiento, la Discapacidad y la Salud (CIF), la participación se define como “el acto de involucrarse en

una situación vital” (Organización Mundial de la Salud [OMS], 2001, p. 10). Se concibe como un componente esencial del funcionamiento humano, influido por factores personales y ambientales que actúan como barreras o facilitadores.

Diversos autores recientes destacan su dimensión subjetiva y política. Cisternas (2020) y Heredia Ríos (2021) sostienen que participar supone ejercer agencia en contextos accesibles que favorezcan la toma de decisiones compartidas. Asimismo, Chávez-Cunti et al. (2024) y González (2022) evidencian que la implicación activa en espacios de participación constituye un factor protector para la calidad de vida y el bienestar psicológico. Cuervo-Botero (2025) subraya, además, la importancia de los ajustes razonables como herramientas que garantizan igualdad de oportunidades y autonomía.

En síntesis, la participación constituye tanto un derecho humano como una práctica social y política que articula dimensiones personales, relacionales y estructurales. Su ejercicio efectivo permite fortalecer la identidad, la agencia y la ciudadanía, contribuyendo a entornos más accesibles y democráticos.

2.2 Discapacidad

La discapacidad es un fenómeno complejo y relacional, comprendido actualmente como el resultado de la interacción entre las características individuales y los factores sociales, culturales y ambientales (OMS, 2001; ONU, 2006). Este enfoque supera las visiones centradas en la deficiencia individual, situando la dignidad, la autonomía y la igualdad de oportunidades en el centro del análisis (Cuenot, 2018).

El modelo biopsicosocial, plasmado en la CIF (OMS, 2001), integra las dimensiones biológicas y sociales, reconociendo que las barreras ambientales —físicas, institucionales o actitudinales— modulan la participación y el funcionamiento. Este paradigma propone una comprensión relacional: la discapacidad no se reduce a una condición individual, sino que emerge de contextos que pueden habilitar o restringir el ejercicio de derechos.

Desde una perspectiva de derechos humanos, el desafío no es solo reconocer derechos, sino eliminar obstáculos que impiden su cumplimiento (Cuenot, 2018). En esta línea, Córdoba y Barbosa (2021) profundizan en las experiencias subjetivas, mostrando cómo el estigma, la discriminación y el autoestigma inciden en la autopercepción, generando formas de vulnerabilidad relacional. Estas experiencias pueden limitar la participación y la agencia,

especialmente cuando los apoyos sociales y comunitarios son insuficientes. En esta línea, Stolkiner y Ardila Gómez (2012) plantean que las trayectorias de vida de las personas están determinadas por las condiciones históricas y sociales en que se desarrollan, las cuales configuran posibilidades diferenciales de participación, agencia y reconocimiento. Desde esta perspectiva, comprender la salud mental implica reconocer la capacidad de los sujetos para incidir sobre su entorno y construir sentidos en interacción con otros. Esta mirada amplía la comprensión de la discapacidad y la participación, al situarlas en el contexto de las condiciones sociales y materiales de vida que determinan las oportunidades efectivas de ejercer ciudadanía y bienestar.

Comprender la discapacidad desde la vida cotidiana implica reconocer el papel de las redes de apoyo, las representaciones sociales y los sistemas culturales en la construcción de identidad, autonomía y participación. De este modo, la discapacidad se concibe como un fenómeno relacional que exige intervenciones centradas en la eliminación de barreras y la generación de apoyos efectivos.

2.3 Modelo ecológico del desarrollo humano

El modelo ecológico de Bronfenbrenner, retomado por Rosa y Tudge (2013), constituye una de las teorías más influyentes para comprender la interacción entre las personas y los contextos donde se desenvuelven. Desde esta perspectiva, el desarrollo no puede entenderse de forma aislada, sino como el resultado de procesos de interacción recíproca entre el individuo y los sistemas ambientales que lo rodean. Estos sistemas —micro, meso, exo, macro y cronomistema— se hallan interrelacionados y configuran un entramado dinámico en el que las experiencias cotidianas adquieren sentido (Rosa & Tudge, 2013; Bravo et al., 2018).

La familia constituye el núcleo del microsistema, donde se construyen los primeros vínculos y formas de participación. En contextos de discapacidad, este entorno inmediato desempeña un papel decisivo en la promoción o restricción de la autonomía. Phoenix et al. (2021) destacan que las prácticas familiares inclusivas —como la comunicación y la toma de decisiones compartidas— fortalecen la agencia personal. Piškur et al. (2012) subrayan la relevancia de los apoyos familiares y la accesibilidad del entorno para posibilitar la participación efectiva. No obstante, las dinámicas familiares pueden verse tensionadas por las demandas de cuidado y el estigma social (Reichman et al., 2007), lo que evidencia la

necesidad de abordajes que integren cuidado, autonomía y poder (García-Santosmases & Alcedo Rodríguez, 2021; Rodríguez & Ferreira, 2010).

El mesosistema comprende la articulación entre los distintos contextos inmediatos. En el caso de las personas en situación de discapacidad, el barrio o comunidad constituye un espacio clave donde se entrelazan las redes de apoyo y las instituciones locales. Esteban et al. (2021) sostienen que la participación comunitaria requiere estrategias de apoyo y coordinación entre actores. Francis et al. (2025) destacan que la interacción entre sistemas familiares e institucionales condiciona las oportunidades de participación. Desde América Latina, Fernández (2024) plantea que el barrio es también un espacio político donde se disputa reconocimiento, agencia y voz, y donde persisten estructuras que mantienen a las personas en roles pasivos.

El macrosistema agrupa los marcos culturales, normativos e ideológicos que estructuran la participación ciudadana. En el campo de la discapacidad, incluye las políticas públicas, leyes y valores sociales que determinan el ejercicio del derecho al voto y la participación política. Guzmán Rincón (2021) afirma que la participación política va más allá del sufragio formal: implica incidir en los asuntos públicos. En esta línea, el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (2023) y Levín Rojo (2015) destacan la necesidad de accesibilidad plena, ajustes razonables y reconocimiento social de las personas en situación de discapacidad como sujetos políticos. Witherspoon et al. (2023) enfatizan que los sistemas culturales y normativos, aunque distantes, condicionan las oportunidades reales de participación.

En conjunto, el modelo ecológico permite comprender cómo las experiencias de las personas en situación de discapacidad se configuran a partir de la interacción entre los distintos sistemas y de las condiciones estructurales que los atraviesan.

3. Preguntas de investigación y objetivos

El estudio busca comprender la participación social de las personas en situación de discapacidad desde su propia autopercepción y a la luz del modelo ecológico del desarrollo humano. Dado su carácter descriptivo y exploratorio, se procura identificar los modos en que estas personas participan en distintos sistemas del entorno —familiar, barrial y cívico—, así como los factores personales y contextuales que influyen en dicha participación.

Preguntas de investigación: ¿Cómo perciben las personas en situación de discapacidad su pertenencia e integración en los niveles familiar, barrial y cívico, y qué diferencias se observan entre ellos?. ¿Qué condiciones personales, relaciones y contextuales facilitan o

dificultan su participación social?. Y ¿Cómo influyen las experiencias familiares, educativas y comunitarias en sus oportunidades de participación?

Objetivo general: Describir y explorar la participación social desde la autopercepción de personas en situación de discapacidad, en el marco del modelo ecológico del desarrollo humano.

Objetivos específicos: Describir las formas de participación en los ámbitos familiar, barrial y cívico. Identificar barreras y facilitadores percibidos que inciden en la participación social. Analizar elementos de las trayectorias de vida vinculados a la participación.

4. Materiales y métodos

Se desarrolló un estudio cuantitativo y descriptivo basado en el modelo ecológico del desarrollo humano, analizando la participación en tres niveles: microsistema (familia), mesosistema (barrio) y macrosistema (participación cívica).

La investigación utilizó la base de datos del cuestionario Perfil de Autonomía y Dependencia (PAD), elaborado en el marco del Programa de Apoyo a la Investigación Estudiantil (PAIE) de la Facultad de Psicología (UDELAR). Este instrumento recoge información sobre aspectos personales, funcionales y de participación, incluyendo autopercepción, apoyos, redes sociales e intereses.

Para el análisis se seleccionaron tres preguntas del cuestionario, correspondientes a los distintos niveles ecológicos: Microsistema: ¿Te sentís parte de tu familia?. Mesosistema: ¿Te sentís parte de tu barrio?. Macrosistema: ¿Qué tanto interés tenés en votar para elegir presidente?. Las opciones de respuesta originales se reagruparon en tres categorías (“mucho”, “a menudo” y “poco”) para facilitar la comparación. También se ajustaron otras variables a fin de mantener consistencia y claridad interpretativa.

La muestra estuvo compuesta por 71 personas adultas (18–65 años) en situación de discapacidad o dependencia, seleccionadas por muestreo no probabilístico por conveniencia. Los cuestionarios fueron autoadministrados en formato digital, con asistencia disponible cuando fue necesario.

El análisis se realizó mediante frecuencias y porcentajes utilizando Microsoft Excel, organizando los resultados según los tres niveles del modelo ecológico. Estos datos

permitieron describir la participación social e identificar posibles barreras y facilitadores asociados a las condiciones personales y contextuales.

A continuación, se presenta la Tabla 1, donde se muestra la operacionalización del modelo ecológico de desarrollo humano a través de las variables incluidas en el cuestionario PAD, indicando los niveles de análisis en los que cada una fue considerada.

Tabla 1

Operativización del Modelo Ecológico de Desarrollo Humano a través del PAD

Variable PAD	Categorías de respuestas	Micro	Meso	Macro
Sentimiento de pertenencia familiar	Mucho / A menudo / Poco	Sí	No	No
Sentimiento de pertenencia barrial		No	Sí	No
Interés en votar para elegir presidente		No	No	Sí
Sexo	Mujer / Varón	Sí	Sí	Sí
Edad	18-25 / 26-29 / 30-39 / 40-49 / 50-59 / 60-65	Sí	Sí	Sí
Tipo de respondiente	Participante / Referente	Sí	Sí	Sí
Situación laboral	Si / No / Jubilado/a	Sí	Sí	Sí
Alfabetismo	Si / No / Solo mi nombre o pocas palabras	Sí	Sí	Sí
Uso de tecnologías (celular, tablet, computadora)	Si / No / Algunas veces	No	Sí	Sí
Limitaciones funcionales	Sensorial / Física / Cognitiva/Psicosocial / Combinadas/Otras	Sí	Sí	Sí
Necesidad de ayuda para realizar actividades diarias	Si / No / Algunas veces	Sí	Sí	Sí
Diagnóstico	Si / No	Sí	Sí	Sí

Cada una fue cruzada por separado con variables de tipo sociodemográfico y funcional, a fin de explorar diferentes asociaciones descriptivas en la muestra.

Los resultados describen la participación social de las personas en situación de discapacidad en los distintos niveles del modelo ecológico y permiten identificar factores personales y contextuales que actúan como barreras o facilitadores.

Se analizaron los datos de 71 participantes a partir de una base previamente construida, mediante análisis de frecuencias y porcentajes, con el propósito de observar las tendencias generales en las variables seleccionadas.

La presentación de los resultados se organiza según los tres niveles del modelo ecológico de Bronfenbrenner: microsistema, mesosistema y macrosistema. En los niveles micro y meso se analiza la variable principal —el sentimiento de pertenencia— en relación con características personales, funcionales y contextuales. En el macrosistema se examina el interés en el voto, entendido como expresión de participación cívica.

Las Tablas 2, 3 y 4 agrupan respectivamente los resultados correspondientes a micro, meso y macrosistema, considerando variables como edad, sexo, tipo de respondente, alfabetismo, situación laboral, uso de tecnologías, tipo de dificultad funcional, necesidad de ayuda y diagnóstico.

Las descripciones que siguen se basan exclusivamente en frecuencias y porcentajes, sin incluir interpretaciones analíticas, las cuales se desarrollan posteriormente en la sección de discusión.

5. Resultados

La participación en el microsistema

Tabla 2 <i>Pertenencia al microsistema según variables individuales y contextuales</i>				
Variable del PAD		Se siente parte de su familia (n, %)		
		Mucho (58, 81.7)	A menudo (6, 8.5)	Poco (7, 9.8)
Sexo				
Mujer	29, 50.0	3, 50.0	5, 71.4	
Varón	29, 50.0	3, 50.0	2, 28.6	
Edad				
18 a 25	12, 20.7	2, 33.3	3, 42.9	
26 a 29	8, 13.8	0, 0.0	1, 14.3	
30 a 39	13, 22.4	2, 33.3	0, 0.0	
40 a 49	14, 24.1	1, 16.7	3, 42.9	
50 a 59	4, 6.9	0, 0.0	0, 0	
60 a 65	7, 12.1	1, 16.7	0, 0	
Tipo de respondente				
Participante	39, 67.2	3, 50.0	5, 71.4	
Referente	19, 32.8	3, 50.0	2, 28.6	
Situación laboral				
Si	30, 51.7	1, 16.7	2, 28.6	
No	26, 44.8	4, 66.7	5, 71.4	
Jubilado/a	2, 3.4	1, 16.7	0, 0.0	
Alfabetismo				
Si	49, 84.5	6, 100.0	7, 100.0	

No	1, 1.7	0, 0.0	0, 0.0
Solo mi nombre o pocas palabras	8, 13.8	0, 0.0	0, 0.0
Limitaciones funcionales			
Sensorial	6, 10.3	0, 0.0	1, 14.3
Física	7, 12.1	0, 0.0	0, 0.0
Cognitiva/Psicosocial	5, 8.6	0, 0.0	1, 14.3
Combinadas/otras	40, 69.0	6, 100.0	5, 71.4
Necesidad de ayuda para realizar actividades diarias			
Mucho	21, 36.2	2, 33.3	1, 14.3
A menudo	5, 8.6	1, 16.7	2, 28.6
Poco	32, 55.2	3, 50.0	4, 57.1
Diagnóstico			
Sí	42, 72.4	4, 66.7	3, 42.9
No	16, 27.6	2, 33.3	4, 57.1

La gran mayoría de las personas encuestadas (81,7%) manifestó sentirse muy parte de su familia, mientras que el 8,5% (n = 6) señaló “a menudo” y el 9,8% (n = 7) “poco”.

Al analizar esta variable según el sexo, se observa una distribución equitativa entre mujeres y varones. Dentro del grupo que respondió “mucho” y “a menudo” en la percepción de ser parte de su familia, el 50% son varones, mientras que entre quienes expresaron sentirse “poco” parte de su familia, el 71,4% son mujeres. La paridad de género se mantiene en los niveles altos y medios de pertenencia, pero en el nivel bajo predomina la participación femenina.

En cuanto a la edad, las respuestas que indican un alto sentido de pertenencia se distribuyen de forma similar entre los grupos etarios: 20,7% entre 18 y 25 años, 22,4% entre 30 y 39 años y 24,1% entre 40 y 49 años. En el grupo “a menudo” predominan las personas jóvenes (18 a 39 años, ambos con 33,3%), mientras que entre quienes respondieron “poco” sobresalen las franjas de 18 a 25 y 40 a 49 años (42,8% en cada caso). En general, el alto sentimiento de pertenencia se concentra en la adultez temprana y media, mientras que los niveles más bajos se distribuyen de manera más heterogénea. Entre las personas de 50 a 59 años (6,9%) y de 60 a 65 años (12,1%), las proporciones que indican sentirse muy parte de su familia son menores, lo que evidencia una disminución del sentido de pertenencia en los grupos de mayor edad.

Respecto al tipo de respondente, entre quienes señalaron sentirse muy pertenecientes a su familia, el 67,2% completó el cuestionario por sí mismas y el 32,8% fue respondido por un referente. En los grupos “a menudo” y “poco”, la tendencia es similar, aunque con menor cantidad de casos: en el primero, el 50% de las respuestas provino del participante y el 50% del referente de cuidado; en el segundo, el 71,4% lo completó por sí mismo y el 28,6% por

un referente. En síntesis, la mayoría de las personas completó el cuestionario de forma autónoma, sin diferencias marcadas entre los niveles de pertenencia familiar.

En cuanto a la situación laboral, entre quienes respondieron “mucho”, el 51,7% trabaja, el 44,8% no lo hace y el 3,4% se encuentra jubilado/a. En los grupos “a menudo” y “poco”, la mayoría no trabaja (66,7% y 71,4%, respectivamente). Por lo tanto, entre quienes se sienten muy parte de su familia predomina la actividad laboral, mientras que en los otros grupos se observa una mayor proporción de personas sin empleo.

Respecto al nivel de alfabetismo, entre quienes respondieron “mucho”, el 84,5% sabe leer y escribir y el 13,8% indicó que solo puede escribir su nombre o pocas palabras. En los grupos “a menudo” y “poco”, la totalidad de las personas declaró saber leer y escribir. En general, predomina el alfabetismo en todos los niveles de pertenencia; los pocos casos de alfabetismo limitado se concentran en el grupo con mayor sentimiento de pertenencia familiar.

En cuanto al tipo de dificultad funcional, en los tres grupos de pertenencia (“mucho”, “a menudo” y “poco”) predominaron las dificultades combinadas o múltiples (58,6% en el grupo “mucho”), mientras que la totalidad de los grupos “a menudo” y “poco” reportó dificultades combinadas, seguidas por las dificultades físicas, sensoriales y cognitivas/psicosociales. En conjunto, las dificultades múltiples son las más frecuentes en todos los niveles de pertenencia, sin variaciones sustanciales entre los grupos.

Respecto a la necesidad de ayuda para realizar actividades diarias, entre quienes respondieron “mucho”, el 55,2% indicó requerir poca ayuda, el 36,2% mucha ayuda y el 8,6% ayuda a menudo. En los grupos “a menudo” y “poco”, las mayores proporciones también se concentran en quienes necesitan poca ayuda (50% y 57,1%, respectivamente). En general, la mayoría de las personas que se sienten muy parte de su familia requiere poca ayuda para las actividades diarias, tendencia que se mantiene parcialmente en los otros grupos.

Por último, entre quienes se sienten muy parte de su familia, el 72,4% declaró tener diagnóstico, al igual que el 66,7% de quienes se sienten “a menudo”. En cambio, en el grupo que manifestó sentirse “poco” parte de su familia, la tendencia se invierte: el 57,1% no posee diagnóstico.

La participación en el mesosistema

Tabla 3

Pertenencia al mesosistema según variables individuales y contextuales

Variable del PAD	Se siente parte de su barrio (n, %)		
	Mucho (34, 47.9)	A menudo (15, 21.1)	Poco (22, 31.0)
Sexo			
Mujer	23, 67.6	7, 46.7	7, 31.8
Varón	11, 32.4	8, 53.3	15, 68.2
Edad			
18 a 25	5, 14.7	5, 33.3	7, 31.8
26 a 29	4, 11.8	2, 13.3	3, 13.6
30 a 39	10, 29.4	3, 20.0	2, 9.1
40 a 49	10, 29.4	4, 26.7	4, 18.2
50 a 59	1, 2.9	0, 0.0	3, 13.6
60 a 65	4, 11.8	1, 6.7	3, 13.6
Tipo de respondente			
Participante	27, 79.4	12, 80.0	8, 36.4
Referente	7, 20.6	3, 20.0	14, 63.6
Situación laboral			
Si	21, 61.8	9, 60.0	3, 13.6
No	13, 38.2	5, 33.3	17, 77.3
Jubilado/a	0, 0.0	1, 6.7	2, 9.1
Alfabetismo			
Si	31, 91.2	13, 86.7	18, 81.8
No	0, 0.0	0, 0.0	1, 4.5
Solo mi nombre o pocas palabras	3, 8.8	2, 86.7	3, 13.6
Uso de tecnologías (celular, tablet, computadora)			
Si	30, 88.2	13, 86.7	11, 50.0
Algunas veces	2, 5.9	1, 6.7	6, 27.3
No	2, 5.9	1, 6.7	5, 22.7
Limitaciones funcionales			
Sensorial	5, 14.7	2, 13.3	0, 0.0
Física	5, 14.7	2, 13.3	0, 0.0
Cognitiva/Psicosocial	4, 11.8	0, 0.0	2, 9.1
Combinadas/otras	20, 58.8	11, 73.3	20, 90.9
Necesidad de ayuda para realizar actividades diarias			
Mucho	10, 29.4	4, 26.7	10, 45.5
A menudo	2, 5.9	4, 26.7	2, 9.1
Poco	22, 64.7	7, 46.7	10, 45.5
Diagnóstico			
Sí	22, 64.7	12, 80.0	15, 68.2
No	12, 35.3	3, 20.0	7, 31.8

En relación con el sentimiento de pertenencia barrial, la mayoría de las personas encuestadas (47,9%) manifestó sentirse muy parte de su barrio, mientras que el 21,1% señaló “a menudo” y el 31,0% “poco”. Esto indica que casi la mitad de la muestra percibe un alto nivel de pertenencia barrial, aunque existe un porcentaje considerable de personas que se siente poco parte de su entorno comunitario.

Respecto al sexo, entre quienes respondieron “mucho”, las mujeres representan el 67,6% (n = 23) y los varones el 32,4% (n = 11). En el grupo “a menudo”, las mujeres constituyen el 46,7% (n = 7) y los varones el 53,3% (n = 8). Entre quienes indicaron “poco”, los varones predominan con el 68,2% (n = 15), frente al 31,8% (n = 7) de mujeres. En síntesis, en los niveles altos de pertenencia barrial predominan las mujeres, mientras que en los niveles bajos lo hacen los varones.

En cuanto a la edad, dentro del grupo que respondió “mucho”, las franjas más representadas son 30 a 39 años y 40 a 49 años, ambas con 29,4% (n = 10). Los grupos de 18 a 25 años y 26 a 29 años comprenden el 14,7% (n = 5) y 11,8% (n = 4), respectivamente, mientras que los de 50 a 59 años y 60 a 65 años registran 2,9% (n = 1) y 11,8% (n = 4). En el grupo “a menudo”, el 33,3% (n = 5) corresponde a 18 a 25 años y el 26,7% (n = 4) a 40 a 49 años. Entre quienes respondieron “poco”, predominan los grupos de 18 a 25 años (31,8%; n = 7) y 40 a 49 años (18,2%; n = 4). En general, los niveles altos de pertenencia barrial se concentran en personas adultas y adultas jóvenes, mientras que los niveles bajos predominan en edades más tempranas.

Respecto al tipo de respondente, en el grupo “mucho”, el 79,4% (n = 27) completó el cuestionario por sí mismo y el 20,6% (n = 7) por un referente de cuidados. Entre quienes respondieron “a menudo”, el 80,0% (n = 12) lo hizo directamente y el 20,0% (n = 3) por un referente. En el grupo “poco”, el 36,4% (n = 8) completó el cuestionario por sí mismo y el 63,6% (n = 14) por un responsable. En general, la mayoría de quienes manifestaron alta o media pertenencia barrial completaron el cuestionario por sí mismos, mientras que en el nivel bajo fue más frecuente la intervención de un referente.

En cuanto a la situación laboral, entre quienes respondieron “mucho”, el 61,8% (n = 21) trabaja y el 38,2% (n = 13) no lo hace. En el grupo “a menudo”, el 60,0% (n = 9) trabaja, el 33,3% (n = 5) no y el 6,7% (n = 1) se encuentra jubilado/a. En el grupo “poco”, el 13,6% (n = 3) trabaja, el 77,3% (n = 17) no y el 9,1% (n = 2) está jubilado/a. En todos los niveles de pertenencia hay participantes con y sin empleo, aunque la inactividad laboral es más frecuente entre quienes expresan baja pertenencia barrial.

En relación con el nivel de alfabetismo, entre quienes respondieron “mucho”, el 91,2% (n = 31) sabe leer y escribir, el 8,8% (n = 3) solo su nombre o pocas palabras, y ninguna persona indicó no saber leer ni escribir. En el grupo “a menudo”, el 86,7% (n = 13) sabe leer y escribir y el 13,3% (n = 2) solo su nombre o pocas palabras. Entre quienes respondieron “poco”, el 81,8% (n = 18) sabe leer y escribir, el 13,6% (n = 3) solo su nombre o pocas palabras y el 4,5% (n = 1) no sabe leer ni escribir. En conjunto, predomina el alfabetismo en

todos los niveles de pertenencia, incluso entre quienes reportan bajo sentimiento de pertenencia barrial.

Respecto al uso de tecnologías (celular, tablet o computadora), entre quienes respondieron “mucho”, el 88,2% (n = 30) utiliza estos dispositivos, el 5,9% los usa solo algunas veces y el mismo porcentaje no los utiliza. En el grupo “a menudo”, el 86,7% (n = 13) los utiliza, el 6,7% (n = 1) algunas veces y el 6,7% (n = 1) no lo hace. Entre quienes se sienten “poco” parte de su barrio, el 50,0% (n = 11) utiliza tecnologías, el 27,3% (n = 6) algunas veces y el 22,7% (n = 5) no las utiliza. En general, el uso de tecnologías es alto en toda la muestra, aunque tiende a disminuir entre quienes reportan menor pertenencia barrial.

En cuanto al tipo de dificultad funcional, entre quienes manifestaron sentirse muy parte de su barrio, el 14,7% (n = 5) presenta dificultades sensoriales, el 14,7% físicas, el 11,8% (n = 4) cognitivas o psicosociales y el 58,8% (n = 20) combinadas u otras. Entre quienes respondieron “a menudo”, el 13,3% (n = 2) presenta dificultades sensoriales, el 13,3% físicas y el 73,3% (n = 11) combinadas u otras. En el grupo “poco”, el 9,1% (n = 2) presenta dificultades cognitivas o psicosociales y el 90,9% (n = 20) combinadas u otras. Esto indica que la mayoría de los participantes presenta dificultades combinadas u otras, incluso en el nivel alto de pertenencia barrial.

Respecto a la necesidad de ayuda para realizar actividades diarias, entre quienes respondieron “mucho”, el 29,4% (n = 10) requiere mucha ayuda, el 5,9% (n = 2) ayuda a menudo y el 64,7% (n = 22) poca ayuda. En el grupo “a menudo”, el 26,7% (n = 4) requiere mucha ayuda, el 26,7% (n = 4) ayuda a menudo y el 46,7% (n = 7) poca ayuda. Entre quienes respondieron “poco”, el 45,5% (n = 10) necesita mucha ayuda, el 9,1% (n = 2) ayuda a menudo y el 45,5% (n = 10) poca ayuda. En general, la mayoría de las personas requiere poca ayuda, aunque la distribución varía levemente entre los distintos niveles de pertenencia barrial.

Finalmente, en cuanto al diagnóstico, entre quienes respondieron “mucho”, el 64,7% (n = 22) tiene diagnóstico y el 35,3% (n = 12) no lo tiene. Entre quienes respondieron “a menudo”, el 80,0% (n = 12) cuenta con diagnóstico y el 20,0% (n = 3) no lo tiene. En el grupo “poco”, el 68,2% (n = 15) tiene diagnóstico y el 31,8% (n = 7) no. En general, la mayoría de quienes reportan alta o media pertenencia barrial cuenta con diagnóstico, con leves variaciones en el grupo de menor pertenencia.

La participación en el macrosistema

Tabla 4*Macrosistema: interés en votar según variables individuales y contextuales*

Variable del PAD	Interés en votar para elegir presidente (n, %)		
	Mucho (34, 47.9)	A menudo (11, 15.5)	Poco (26, 36.6)
Sexo			
Mujer	22, 64.7	4, 36.4	11, 42.3
Varón	12, 35.3	7, 63.6	15, 57.7
Edad			
18 a 25	4, 11.8	2, 18.2	4, 17, 65.4
26 a 29	5, 14.7	1, 9.1	9, 34.6
30 a 39	10, 29.4	2, 18.2	15, 57.7
40 a 49	9, 26.5	3, 27.3	18, 69.2
50 a 59	2, 5.9	0, 0.0	4, 15.4
60 a 65	4, 11.8	3, 11.8	8, 30.8
Tipo de respondente			
Participante	2, 85.39	7, 63.3	11, 42.3
Referente	5, 14.7	4, 36.4	15, 57.7
Situación laboral			
Si	19, 55.9	5, 45.5	9, 34.6
No	14, 41.2	4, 36.4	17, 65.4
Jubilado/a	1, 2.9	2, 18.2	0, 0.0
Alfabetismo			
Si	31, 91.2	13, 86.7	18, 81.8
No	0, 0.0	0, 0.0	1, 4.5
Solo mi nombre o pocas palabras	3, 8.8	2, 86.7	3, 13.6
Uso de tecnologías (celular, tablet, computadora)			
Si	2, 85.39	8, 72.7	17, 65.4
Algunas veces	2, 5.9	2, 18.2	5, 19.2
No	3, 8.8	1, 9.1	4, 15.4
Limitaciones funcionales			
Sensorial	5, 14.7	1, 9.1	1, 3.8
Física	7, 20.6	0, 0.0	0, 0.0
Cognitiva/Psicosocial	2, 5.9	2, 18.2	2, 7.7
Combinadas/otras	20, 58.8	8, 72.7	23, 88.5
Necesidad de ayuda para realizar actividades diarias			
Mucho	12, 35.3	3, 27.3	9, 34.6
A menudo	4, 11.8	0, 0.0	4, 15.4
Poco	18, 52.9	8, 72.7	13, 50.0
Diagnóstico			
Sí	28, 82.4	5, 45.4	16, 61.5
No	6, 17.6	6, 54.5	10, 38.5

En relación con el interés en votar para elegir presidente, la mayoría de las personas encuestadas, 47,9% manifestó tener “mucho interés” en votar para elegir presidente, mientras que el 15,5% indicó estar “interesado/a” y el 36,6% reportó tener “poco interés”. En general, predomina un alto interés en votar, aunque una proporción considerable de personas manifiesta “poco interés” en el acto electoral.

Respecto al sexo, en el grupo con “mucho interés”, las mujeres representan un 64,7% (n = 22) y los varones un 35,3% (n = 12). Entre quienes se consideran “interesadas/os”, las mujeres constituyen un 36,4% (n = 4) y los varones un 63,6% (n = 7). En el grupo con “poco interés”, las mujeres representan un 42,3% (n = 11) y los varones un 57,7% (n = 15). En síntesis, las mujeres se concentran en el grupo con mayor interés en votar, mientras que los varones predominan entre quienes manifiestan menor interés.

En cuanto a la edad, quienes respondieron “mucho interés” se concentran principalmente en los rangos de 30 a 39 años (29,4%; n = 10) y 40 a 49 años (26,5%; n = 9), mientras que los jóvenes de 18 a 25 años representan un 11,8% (n = 4). En el grupo “interesado/a”, las edades se distribuyen entre 18 a 25 años (18,2%; n = 2), 30 a 39 años (18,2%; n = 2), 40 a 49 años (27,3%; n = 3) y 60 a 65 años (27,3%; n = 3). Entre quienes reportan “poco interés”, los mayores porcentajes se observan en los rangos de 18 a 25 años (42,3%; n = 11) y 40 a 49 años (23,1%; n = 6). En términos generales, el alto interés en votar se concentra en personas adultas, mientras que el menor interés predomina entre los grupos más jóvenes.

En cuanto al tipo de respondente, en el grupo con “mucho interés” el 85,3% (n = 29) completó el cuestionario por sí mismo/a, mientras que el 14,7% (n = 5) fue respondido por un referente de cuidados. Entre los “interesados/as”, el 63,6% (n = 7) lo completó directamente y el 36,4% (n = 4) por un referente. En el grupo con “poco interés”, el 42,3% (n = 11) lo completaron por sí mismos y el 57,7% (n = 15) por un referente. Quienes manifestaron mayor interés en votar completaron el cuestionario por sí mismos, mientras que en los niveles bajos fue más frecuente la participación de un referente de cuidados.

En relación con la situación laboral, del total con “mucho interés”, el 55,9% (n = 19) trabaja, el 41,2% (n = 14) no lo hace y el 2,9% (n = 1) se encuentra jubilado/a. Entre los “interesados/as”, el 45,5% (n = 5) trabaja, el 36,4% (n = 4) no trabaja y el 18,2% (n = 2) está jubilado/a. Quienes reportan “poco interés” incluyen el 34,6% (n = 9) que trabaja y el 65,4% (n = 17) que no trabaja. En conjunto, la actividad laboral es más frecuente entre quienes manifiestan alto interés en votar, mientras que la inactividad predomina entre quienes muestran menor interés.

En cuanto al alfabetismo, del grupo con “mucho interés” el 91,2% (n = 31) sabe leer y escribir, mientras que el 8,8% (n = 3) solo escribe su nombre o pocas palabras. Entre los “interesados/as”, la totalidad (100%; n = 11) sabe leer y escribir. En el grupo con “poco interés”, el 76,9% (n = 20) sabe leer y escribir, el 19,2% (n = 5) solo escribe su nombre o pocas palabras y el 3,8% (n = 1) no sabe leer ni escribir. En este caso, predomina el alfabetismo en todos los niveles de interés, con escasas diferencias entre los grupos.

Respecto al uso de tecnologías, en el grupo con “mucho interés” el 85,3% (n = 29) utiliza estos dispositivos, el 5,9% (n = 2) lo hace algunas veces y otro 5,9% (n = 2) no los utiliza. Entre los “interesados/as”, el 72,7% (n = 8) utiliza tecnologías, el 18,2% (n = 2) algunas veces y el 9,1% (n = 1) no las utiliza. En quienes reportan “poco interés”, el 65,4% (n = 17) utiliza tecnologías, el 19,2% (n = 5) algunas veces y el 15,4% (n = 4) no las utiliza. El uso de tecnologías es alto en toda la muestra, pero tiende a disminuir entre quienes muestran menor interés en votar.

Respecto al tipo de dificultad funcional, en el grupo con “mucho interés” el 14,7% (n = 5) presenta dificultades sensoriales, el 20,6% (n = 7) físicas, el 5,9% (n = 2) cognitivas/psicosociales y el 58,8% (n = 20) combinadas u otras. Entre los “interesados/as”, el 9,1% (n = 1) presenta dificultad sensorial, el 18,2% (n = 2) cognitiva/psicosocial y el 72,7% (n = 8) combinadas u otras. En el grupo con “poco interés”, el 3,8% (n = 1) presenta dificultad sensorial, el 7,7% (n = 2) cognitivas/psicosociales y el 88,5% (n = 23) combinadas u otras. En todos los niveles de interés predominan las dificultades combinadas u otras, sin diferencias relevantes entre los grupos.

En relación con la necesidad de ayuda para realizar actividades diarias, en el grupo con “mucho interés” el 35,3% (n = 12) requiere mucha ayuda, el 11,8% (n = 4) ayuda a menudo y el 52,9% (n = 18) poca ayuda. Entre los “interesados/as”, el 27,3% (n = 3) requiere mucha ayuda y el 72,7% (n = 8) poca ayuda. En el grupo con “poco interés”, el 34,6% (n = 9) necesita mucha ayuda, el 15,4% (n = 4) ayuda a menudo y el 50,0% (n = 13) poca ayuda. En general, la mayoría de las personas requiere poca ayuda para las actividades diarias, sin diferencias marcadas entre los distintos niveles de interés en votar.

Finalmente, respecto al diagnóstico, en el grupo con “mucho interés” el 82,4% (n = 28) tiene diagnóstico y el 17,6% (n = 6) no lo tiene. Entre los “interesados/as”, el 45,5% (n = 5) cuenta con diagnóstico y el 54,5% (n = 6) no lo tiene. En el grupo con “poco interés”, el 61,5% (n = 16) tiene diagnóstico y el 38,5% (n = 10) no lo tiene. En general, la mayoría de las personas con alto interés en votar cuenta con un diagnóstico reconocido, tendencia que se mantiene con leves variaciones en los demás niveles de interés.

6.Discusión

La discusión de los resultados se organiza siguiendo los niveles del modelo ecológico de Bronfenbrenner, que permite analizar la participación de las personas en situación de discapacidad considerando las interacciones entre los distintos contextos de desarrollo. En

este marco, se interpreta la información obtenida a partir de tres ejes —familia, comunidad y derecho al voto— con el propósito de comprender de qué manera los vínculos, las condiciones del entorno y los marcos socioculturales inciden en las experiencias de participación. A continuación, se aborda el análisis correspondiente al microsistema, centrado en las relaciones familiares como ámbito primario de participación y sentido de pertenencia, prosiguiendo con los demás niveles.

Microsistema

Los resultados evidencian que la gran mayoría de las personas encuestadas manifestó sentirse muy parte del microsistema familiar, lo que confirma la centralidad de este entorno como espacio de pertenencia, cuidado y sostén. Desde la perspectiva bioecológica de Bronfenbrenner, la familia constituye el núcleo del microsistema y el primer ámbito donde se construyen los vínculos, valores y experiencias de participación (Rosa & Tudge, 2013; Bravo et al., 2018). En este sentido, el alto nivel de identificación familiar hallado puede interpretarse como reflejo de la calidad de las interacciones y del apoyo afectivo disponible en este contexto inmediato.

La distribución equitativa entre varones y mujeres en los niveles altos de pertenencia sugiere que el género no constituye un factor diferenciador en la percepción de participación familiar en esta muestra. Este resultado refuerza la idea de que las experiencias de participación en el ámbito doméstico dependen más de las dinámicas relacionales que de variables sociodemográficas, en línea con la concepción del microsistema como espacio de interacciones cotidianas que sostienen la participación y el sentido de pertenencia (Rosa & Tudge, 2013). Asimismo, el menor sentimiento de pertenencia en las personas de mayor edad podría vincularse con transformaciones en los roles familiares, menor autonomía o pérdida de redes de apoyo, evidenciando desde una mirada ecológica un debilitamiento de las interacciones cotidianas dentro del sistema familiar.

La relación observada entre actividad laboral y mayor sentimiento de pertenencia indica que el trabajo opera como un espacio de participación que refuerza la integración familiar y la percepción de valía personal. Tal como sostienen Piškur et al. (2012), los apoyos orientados a la accesibilidad y la autonomía favorecen la participación social y también la inclusión en el propio entorno doméstico. De modo similar, el hecho de que la mayoría de las personas con alto sentido de pertenencia requiera poca ayuda para las actividades diarias confirma la importancia de los apoyos familiares que promueven la autodeterminación (Phoenix et al., 2021).

Aunque las dificultades funcionales combinadas fueron las más frecuentes en todos los niveles de pertenencia, no se observaron diferencias sustanciales entre quienes se sienten muy, a menudo o poco parte de su familia. Del mismo modo, el predominio del alfabetismo y la similitud en la necesidad de ayuda indican que el sentido de pertenencia no depende tanto de condiciones individuales o educativas, sino de la calidad de las relaciones y apoyos presentes en el hogar. En consonancia con el modelo bioecológico (Rosa & Tudge, 2013) y la perspectiva biopsicosocial de la discapacidad (OMS, 2001; Montero, 2004), los resultados refuerzan que es el entorno relacional —y no la limitación funcional— el que configura las oportunidades de participación y reconocimiento.

Ahora bien, esta centralidad de la familia también puede implicar tensiones entre cuidado y control. En muchos casos, la familia actúa simultáneamente como espacio de apoyo y de regulación, definiendo los límites de lo que se considera participación adecuada. Desde una mirada psicosocial y crítica, esta ambivalencia evidencia cómo las relaciones cercanas pueden reproducir lógicas de dependencia y tutela que la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad busca transformar. García-Santemsases y Alcedo Rodríguez (2021) destacan que las familias desempeñan un papel decisivo en los procesos de inclusión y participación, pero su potencial emancipador depende de que promuevan prácticas de empoderamiento y autonomía, evitando asumir una posición tutelar que limite la agencia individual. En la misma línea, Rodríguez y Ferreira (2010) subrayan que el cuidado familiar no es neutro, sino un espacio donde se configuran jerarquías y relaciones de poder que pueden reforzar la dependencia si no se acompañan de estrategias orientadas al reconocimiento y la autodeterminación.

Desde esta perspectiva, un alto sentimiento de pertenencia no siempre implica participación activa o autonomía, sino que puede coexistir con formas de protección que restringen la capacidad de decisión. Los resultados que muestran una mayor proporción de diagnósticos formales entre quienes se sienten muy parte de su familia podrían interpretarse como expresión de reconocimiento y acompañamiento, ya que contar con un diagnóstico puede facilitar el acceso a apoyos y visibilizar necesidades específicas, fortaleciendo los vínculos familiares. No obstante, como advierte Reichman et al. (2007), la presencia de apoyos también puede generar tensiones vinculadas a las demandas de cuidado, planteando el desafío de equilibrar la protección con la promoción de la autonomía.

En conjunto, los hallazgos confirman que la familia constituye un espacio clave para la construcción de identidad y participación de las personas en situación de discapacidad. La pertenencia familiar se sostiene en relaciones significativas que brindan apoyo y reconocimiento, pero requiere dinámicas que favorezcan la autodeterminación y la

expresión personal. Desde una lectura psicosocial y ecológica, el desafío consiste en transformar el cuidado en un vínculo que potencie la participación y el ejercicio de derechos, reconociendo a las personas en situación de discapacidad como sujetas activas dentro de su propio entorno familiar.

Mesosistema

Desde el modelo bioecológico de Bronfenbrenner, retomado por Rosa y Tudge (2013), el mesosistema alude a la conexión entre los distintos entornos inmediatos de la persona. En este nivel, el barrio se configura como un espacio donde convergen la familia, las redes de apoyo y la comunidad, generando tanto oportunidades como barreras para la participación (Esteban, Navas, Verdugo & Arias, 2021).

Los resultados muestran que casi la mitad de las personas encuestadas manifiesta un alto sentido de pertenencia barrial, aunque un tercio refiere sentirse poco parte de su barrio. Las diferencias por sexo indican que las mujeres tienden a expresar mayores niveles de pertenencia, mientras que los varones se concentran en los niveles más bajos. Este hallazgo puede vincularse con las formas de participación cotidiana y los vínculos afectivos y comunitarios que las mujeres suelen sostener en el espacio barrial, en línea con Montero (2004) y Catalán (2019), quienes conciben la participación como una práctica relacional vinculada al sostenimiento de redes y cuidados en la vida cotidiana. En esta misma línea, Montero (2004) señala que la participación no es un acto individual, sino un proceso socialmente condicionado, que se expresa de modos diversos según los roles y expectativas culturales. Por tanto, la mayor vinculación de las mujeres con los espacios barriales podría relacionarse con prácticas de cuidado y redes de apoyo, mientras que los varones presentan una inserción más limitada en esas dinámicas. Esta diferencia no necesariamente refleja menor interés, sino una modalidad distinta de relación con el entorno comunitario.

En cuanto a la edad, el sentido de pertenencia barrial es mayor entre personas adultas y adultas jóvenes, mientras que las más jóvenes tienden a identificarse menos con su entorno. Esta diferencia puede asociarse con las oportunidades de participación y con la etapa vital: las personas adultas suelen contar con redes más consolidadas y vínculos estables en la comunidad, mientras que las más jóvenes presentan una inserción más móvil o menos arraigada territorialmente. Desde una mirada bioecológica, esta variación refleja diferencias en la articulación entre los sistemas de pertenencia —familia, pares y comunidad— que influyen en la construcción del sentido de inclusión y participación (Rosa

& Tudge, 2013; Montero, 2004; Catalán, 2019).

Respecto al tipo de respondente, quienes completaron el cuestionario por sí mismos presentan niveles más altos de pertenencia barrial. Este patrón puede vincularse con una mayor autonomía percibida y con diferencias en la manera de interpretar la participación. Quienes responden directamente expresan su vivencia subjetiva de pertenencia —vinculada a la cotidianeidad y a la interacción directa con el entorno—, mientras que los referentes tienden a valorarla desde una mirada externa, centrada en la actividad visible o funcional. Así, la variación en los niveles de pertenencia podría reflejar tanto la oportunidad real de ejercer la autodeterminación como la distancia entre las experiencias vividas y las percepciones de quienes acompañan. En consonancia con Piškur et al. (2012), Phoenix et al. (2021), Montero (2004), Catalán (2019) y Rosa y Tudge (2013), la participación comunitaria se configura en este cruce entre apoyos que posibilitan la autonomía y los significados que cada actor atribuye a la participación.

La relación entre empleo y pertenencia barrial confirma la función del trabajo como puente mesosistémico que conecta los espacios familiares, sociales y comunitarios. Desde el enfoque biopsicosocial, la participación laboral amplía las redes de contacto y fortalece el sentido de ciudadanía, contribuyendo a una mayor percepción de participación (OMS, 2001; Esteban et al., 2021; Francis et al., 2025). En este marco, la inactividad laboral se asocia con menores oportunidades de interacción y, en consecuencia, con un vínculo más débil con el entorno barrial.

Por otra parte, el uso de tecnologías —mayor entre quienes se sienten parte del barrio— sugiere que la accesibilidad digital cumple un papel relevante en la construcción de pertenencia. En línea con la CIF (OMS, 2001) y con la concepción de la participación como proceso relacional (Montero, 2004; Rosa & Tudge, 2013), la accesibilidad digital puede entenderse como un facilitador ambiental que amplía las oportunidades de interacción comunitaria, permitiendo mantener la comunicación incluso en contextos de movilidad o interacción reducida.

Finalmente, en relación con la dificultad funcional y el nivel de ayuda requerido, los resultados muestran que la mayoría de las personas, incluso aquellas con mayores necesidades de apoyo, manifiestan sentirse parte de su barrio. Esto sugiere que la pertenencia no depende únicamente del nivel de funcionamiento individual, sino de las condiciones del entorno y del tipo de apoyos disponibles. Tal como plantean Esteban et al. (2021) y Francis et al. (2025), la participación comunitaria se sostiene en la interacción entre

factores personales y contextuales, reforzando la necesidad de comprender la participación barrial como una construcción relacional y ecológica.

En conjunto, el mesosistema barrial se configura como un espacio intermedio donde se entrelazan los vínculos personales, institucionales y comunitarios. Desde una perspectiva latinoamericana, Fernández (2024) destaca que el barrio es también un espacio político donde se disputan reconocimiento y voz. Aunque los discursos inclusivos se han extendido, las estructuras comunitarias e institucionales aún tienden a ubicar a las personas en situación de discapacidad en un rol pasivo. Por tanto, la participación barrial requiere condiciones materiales, simbólicas y relacionales que habiliten la agencia, la autonomía y la construcción de ciudadanía en la vida cotidiana.

Macrosistema

Desde la perspectiva ecológica de Bronfenbrenner —en la lectura propuesta por Rosa y Tudge (2013)—, el macrosistema representa el nivel más amplio del modelo, conformado por los valores culturales, las normas sociales y los marcos institucionales que orientan la vida colectiva. En este nivel, la participación política y el derecho al voto reflejan la forma en que las sociedades conciben la ciudadanía y el reconocimiento de sus integrantes como sujetos políticos. En el caso de las personas en situación de discapacidad, el interés en votar constituye una expresión de esa ciudadanía, condicionada por factores estructurales, simbólicos y contextuales.

Los resultados muestran que casi la mitad de las personas encuestadas manifestó mucho interés en votar para elegir presidente, lo que sugiere una disposición significativa hacia la participación política formal. Sin embargo, un tercio expresó poco interés, evidenciando la coexistencia de motivaciones y percepciones diversas frente al acto electoral. Guzmán Rincón (2021) sostiene que la participación política de las personas en situación de discapacidad no puede reducirse al acceso formal al sufragio, sino que debe entenderse como un ejercicio pleno de ciudadanía, donde intervienen tanto las condiciones materiales como los imaginarios sociales que determinan quiénes son reconocidos como actores políticos legítimos.

En cuanto al sexo, las mujeres se concentran en los niveles altos de interés en votar, mientras que los varones predominan en los bajos. Este hallazgo puede vincularse con las distintas trayectorias de socialización política y con los roles comunitarios que las mujeres sostienen en otros ámbitos. Desde la psicología comunitaria, Montero (2004) plantea que las prácticas de participación se configuran en redes cotidianas de pertenencia, lo que

podría explicar una mayor disposición de las mujeres a trasladar ese involucramiento a la esfera política. Así, el interés en votar se asocia no sólo con factores estructurales, sino también con los modos de relación social y las experiencias previas de participación.

Respecto a la edad, el mayor interés en votar se concentra en personas adultas, mientras que las más jóvenes expresan niveles más bajos. Este patrón puede leerse a partir de la articulación entre sistemas: los adultos tienden a tener trayectorias cívicas más consolidadas y una percepción más estable de ciudadanía, mientras que los jóvenes pueden experimentar una menor identificación con las instituciones políticas o con la eficacia de su voto. Desde el enfoque ecológico, estas diferencias reflejan cómo los valores macrosistémicos —como la confianza institucional o las narrativas culturales sobre la participación— influyen en las disposiciones individuales hacia el ejercicio político (Rosa & Tudge, 2013; Fernández, 2024).

En relación con el tipo de respondente, quienes completaron el cuestionario por sí mismos presentan mayores niveles de interés en votar, lo que sugiere una conexión entre autonomía percibida y reconocimiento político. Phoenix et al. (2021) señalan que la autodeterminación es un componente esencial de la participación, ya que implica ser reconocido como sujeto de decisión. En este sentido, las respuestas brindadas por referentes podrían reflejar una percepción mediada o protectora que subestima la agencia política de la persona en situación de discapacidad. Este hallazgo resalta la importancia de los apoyos orientados a la independencia y no a la sustitución de la voluntad, en consonancia con el artículo 29 de la Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad (ONU, 2006).

La relación entre empleo e interés en votar refuerza la idea de que la inclusión laboral amplía los espacios de participación y reconocimiento social. Estar inserto en el mundo del trabajo puede fortalecer el sentido de pertenencia ciudadana y la percepción de influencia en los asuntos públicos, mientras que la inactividad laboral tiende a coincidir con un menor interés político. Esto sugiere que las desigualdades estructurales inciden en las formas de involucramiento democrático. Levín Rojo (2015) plantea que la participación política constituye una vía para transformar los imaginarios sociales sobre la discapacidad y disputar el lugar que las personas ocupan en la esfera pública.

Asimismo, el uso de tecnologías se asocia con mayores niveles de interés electoral, lo que indica que la accesibilidad digital cumple un papel relevante como facilitador de la participación política. En línea con la CIF (OMS, 2001) y con la concepción de la participación como proceso relacional (Montero, 2004; Rosa & Tudge, 2013), las

herramientas tecnológicas pueden entenderse como mediadores ambientales que amplían las oportunidades de información, comunicación y decisión, especialmente en contextos donde persisten barreras físicas o institucionales.

Finalmente, el hecho de que la mayoría de las personas con diagnóstico reconocido manifieste alto interés en votar podría vincularse con una mayor identificación con políticas o discursos inclusivos. No obstante, la persistencia de un grupo con bajo interés revela que el reconocimiento formal de derechos no siempre se traduce en apropiación simbólica o motivación política. Como advierte el Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (2023), garantizar el ejercicio del sufragio implica no sólo eliminar barreras físicas o comunicacionales, sino también promover condiciones culturales que reconozcan a las personas en situación de discapacidad como ciudadanas plenas.

El análisis de los tres niveles del modelo ecológico —familia, comunidad y participación cívica— muestra que la participación de las personas en situación de discapacidad se configura como un proceso relacional y contextual. Tal como plantea la CIF (OMS, 2001), las experiencias de participación dependen de la interacción entre factores personales, sociales y ambientales, más que de las limitaciones individuales.

Los resultados evidencian una gradiente de participación que disminuye a medida que se amplía el nivel ecológico: la familia emerge como principal espacio de pertenencia, la comunidad como entorno intermedio de vínculos y el ámbito político como el nivel más distante. Esta tendencia sugiere que la distancia entre los sistemas afecta las oportunidades de implicación y reconocimiento, reforzando la necesidad de políticas y estrategias que fortalezcan las conexiones entre niveles y promuevan autonomía, accesibilidad y ciudadanía.

En consonancia con la lectura bioecológica de Rosa y Tudge (2013) y con la perspectiva psicosocial propuesta por Stolkiner y Ardila Gómez (2012), la participación puede entenderse como un proceso vinculado al bienestar y a la salud mental colectiva, donde el reconocimiento, la agencia y la interdependencia adquieren centralidad. Desde esta mirada, las trayectorias vitales y de participación se configuran de forma situada, en diálogo con las condiciones históricas y materiales que atraviesan a cada sujeto. Así, la participación y el ejercicio de ciudadanía dependen menos de las condiciones individuales que de la articulación entre los distintos sistemas —familiares, comunitarios y sociopolíticos— que habilitan o restringen la participación.

7. Conclusiones

El análisis de los tres niveles del modelo ecológico —familia, comunidad y participación cívica— permitió comprender la participación de las personas en situación de discapacidad como un proceso relacional y contextual. En consonancia con la Clasificación Internacional del Funcionamiento, la Discapacidad y la Salud (OMS, 2001), los resultados evidencian que la inclusión no depende exclusivamente de las limitaciones individuales, sino de la interacción entre factores personales, sociales y ambientales que configuran las oportunidades de participación y reconocimiento.

Los hallazgos muestran un gradiente de pertenencia: la participación se expresa con mayor fuerza en el ámbito familiar, disminuye en el comunitario y se debilita en el político. Este patrón sugiere que la distancia entre los sistemas ecológicos influye en la posibilidad de implicación y en el acceso al reconocimiento social. Los entornos próximos —como la familia— tienden a sostener vínculos de cuidado y sentido de pertenencia, mientras que los niveles más amplios están mediados por estructuras simbólicas e institucionales que pueden limitar la agencia y la participación efectiva.

En concordancia con la lectura bioecológica de Rosa y Tudge (2013) y con la perspectiva psicosocial de Stolkiner y Ardila Gómez (2012), la participación se vincula al bienestar y a la salud mental colectiva, entendida como la posibilidad de construir identidad, agencia y sentido en relación con otros. Las experiencias de participación no se reducen a un hecho individual, sino que reflejan el modo en que los distintos sistemas —familiares, comunitarios y sociopolíticos— se articulan para habilitar o restringir el ejercicio de ciudadanía.

Entre las principales limitaciones del estudio se reconoce el tamaño acotado de la muestra y el carácter descriptivo del diseño, así como el hecho de haber trabajado con una base de datos y un cuestionario previamente elaborados, lo que restringió la posibilidad de ajustar los indicadores a los objetivos específicos del estudio. No obstante, estos insumos permitieron explorar dimensiones relevantes de la participación desde una perspectiva psicosocial y ecológica.

A partir de estos hallazgos, se identifican diversas líneas proyectivas que podrían orientar futuras investigaciones e intervenciones. En primer lugar, se propone profundizar en las trayectorias vitales y experiencias subjetivas de las personas en situación de discapacidad, incorporando su voz y perspectiva para comprender los procesos de participación a lo largo del tiempo. En segundo lugar, se sugiere ampliar el análisis hacia otros niveles del modelo —especialmente el exosistema y el cronosistema— que permitan considerar el papel de las

instituciones, las políticas públicas y los cambios históricos en la configuración de la inclusión. Asimismo, sería pertinente avanzar en estudios que integren una mirada interseccional y territorial, analizando cómo factores como el género, la edad, el tipo de discapacidad o el contexto socioeconómico inciden en las oportunidades de participación. También resulta necesario desarrollar estrategias psicosociales comunitarias que fortalezcan redes de apoyo, promuevan la autonomía y transformen las prácticas de cuidado en vínculos que potencien la participación.

Desde una perspectiva de salud colectiva, avanzar en estas líneas implica reconocer la participación como un componente esencial del bienestar y de la justicia social, reafirmando el derecho de las personas en situación de discapacidad a ser protagonistas en todos los ámbitos de la vida social.

Referencias bibliográficas

- Bravo-Andrade, H. R., Ruvalcaba-Romero, N. A., Orozco-Solís, M. G., González-Gaxiola, Y. E., & Hernández-Paz, M. T. (2018). Introducción al modelo ecológico del desarrollo humano. En N. A. Ruvalcaba-Romero & M. G. Orozco-Solís (Eds.), *Salud mental: Investigación y reflexiones sobre el ejercicio profesional* (Vol. III, pp. 91–106). Universidad de Guadalajara.
https://www.researchgate.net/publication/328584009_Introduccion_al_modelo_ecologico_del_desarrollo humano
- Catalán, M. (2019). Propuesta teórico-conceptual para el abordaje de la participación comunitaria desde la Psicología Comunitaria. *Psicoperspectivas*, 8(15), 1–14.
<https://www.psicoperspectivas.cl>
- Chávez-Cunti, C., Paredes, J., & Zambrano, A. (2024). Procesos de participación e inclusión social en comunidades diversas. *Revista Latinoamericana de Psicología Comunitaria*, 15(2), 45–62.
- Cisternas, P. (2020). Participación y agencia en contextos de discapacidad: Desafíos para la inclusión social. *Psicología, Conocimiento y Sociedad*, 10(1), 77–96.
- Córdoba, J., & Barbosa, E. (2021). Vulnerabilidad y autopercepción en personas con discapacidad desde un enfoque de la vida cotidiana. *Revista Alternativas en Psicología*, 54.
<https://alternativas.me/vulnerabilidad-y-autopercepcion-en-personas-con-discapacidad-desde-un-enfoque-de-la-vida-cotidiana/>
- Cuenot, M. (2018). Clasificación Internacional del Funcionamiento, la Discapacidad y la Salud (CIF): Aplicabilidad y utilidad en la práctica clínica. *EMC – Kinesiterapia – Medicina Física*, 39(1), 1–6. [https://doi.org/10.1016/S1293-2965\(18\)88602-9](https://doi.org/10.1016/S1293-2965(18)88602-9)

- Cuervo-Botero, M. (2025). Discapacidad, ciudadanía y participación: Hacia una inclusión efectiva. *Revista Iberoamericana de Psicología Social*, 31(2), 112–128.
- Esteban, L., Navas, P., Verdugo, M. Á., & Arias, V. B. (2021). Community living, intellectual disability and extensive support needs: A rights-based approach to assessment and intervention. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(6), 3175. <https://doi.org/10.3390/ijerph18063175>
- Fernández, M. E. (2024). *La participación ciudadana de personas con discapacidad intelectual en el diseño de programas de promoción al trabajo de las cuales son destinatarias activas* [Tesis doctoral, Universidad Nacional de Quilmes]. Repositorio Institucional Digital de Acceso Abierto (RIDAA-UNQ). <https://ridaa.unq.edu.ar>
- Francis, G. L., DeCostanza Eagle, C., Español, S., Conn-Reda, K., & Reed, A. (2025). Relationships between bioecological factors and expectations for community living and participation outcomes among individuals with intellectual disability and families: A scoping review. *American Journal on Intellectual and Developmental Disabilities*, 130(2), 88–102. <https://doi.org/10.1352/1944-7558-130.2.88>
- García-Santosmases, A., & Alcedo Rodríguez, M. (2021). El papel de las familias en los procesos de inclusión de las personas con discapacidad intelectual. *Revista Española de Discapacidad*, 9(2), 7–28.
- González, L. (2022). Participación e inclusión: Claves para la autonomía y la ciudadanía. *Revista de Estudios Sociales*, 80(2), 45–59.
- Guzmán Rincón, A. M. (2021). Participation of persons with disabilities in political life. *Revista de Economía Institucional*, 23(45), 153–176. <https://doi.org/10.18601/01245996.v23n45.07>
- Heredia Ríos, M. (2021). Subjetividad y participación: Horizontes para la inclusión social. *Revista Interamericana de Psicología*, 55(3), 201–215.
- Levín Rojo, E. (2015). “Yo elijo”: Participación política y derecho a la ciudadanía de las personas con discapacidad. *Polis. Revista Latinoamericana*, (40). <https://doi.org/10.4067/S0718-65682015000300018>
- Montero, M. (2004). *Introducción a la psicología comunitaria: Desarrollo, conceptos y procesos*. Paidós.
- Organización de las Naciones Unidas (ONU). (2006). *Convención sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad*. Naciones Unidas.
- Organización Mundial de la Salud (OMS). (2001). *Clasificación Internacional del Funcionamiento, de la Discapacidad y de la Salud (CIF)*. OMS.
- Phoenix, M., Smith, J., & Kelly, L. (2021). Family systems and inclusive participation for people with disabilities: A relational perspective. *Journal of Community & Applied Social Psychology*, 31(4), 425–439.

- Piškur, B., Beurskens, A., Jongmans, M., Ketelaar, M., Casparie, B., & Smeets, R. (2012). Parents' actions, challenges and needs while enabling participation of children with a physical disability: A scoping review. *BMC Pediatrics*, 12(1), 177.
- Reichman, N. E., Corman, H., & Noonan, K. (2007). Effects of child health on parents' relationship status. *Demography*, 41(3), 569–584.
- Rodríguez, A., & Ferreira, M. (2010). Discapacidad, dependencia y cuidados: Entre la familia y los servicios sociales. *Política y Sociedad*, 47(1), 107–125.
- Rosa, E. M., & Tudge, J. R. H. (2013). Urie Bronfenbrenner's theory of human development: Its evolution from ecology to bioecology. *Journal of Family Theory & Review*, 5(4), 243–258.
- Stolkiner, A. I., & Ardila Gómez, S. E. (2012). Conceptualizando la salud mental en las prácticas: Consideraciones desde el pensamiento de la medicina social/salud colectiva latinoamericanas. *Vertex. Revista Argentina de Psiquiatría*, XXIII(107), 17–26. <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/195112>
- Terra Padrón, F. (2024). *Análisis situacional sobre los derechos de las personas con discapacidad en Uruguay*. Fondo de Naciones Unidas sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad, Oficina del Coordinador Residente de Naciones Unidas y Fondo de Población de las Naciones Unidas.
- Tribunal Electoral del Poder Judicial de la Federación (TEPJF). (2023). *Discapacidad y derechos político-electORALES*. TEPJF. <https://www.te.gob.mx/publicaciones/sites/default/files/2023-09/Discapacidad-y-derechos-politico-electorales.pdf>
- Witherspoon, D. P., Nair, R. L., & Evans, G. W. (2023). Place-based developmental research: Conceptual and methodological issues for studying neighborhoods and communities. *Monographs of the Society for Research in Child Development*, 88(3), 7–23. <https://doi.org/10.1111/mono.12500>